

Existía el teatro y este fenómeno requería la presencia de hombres y mujeres de carne y hueso y que un explícito diálogo se cambiara entre ellos. Pues bien, hoy existe el cine y en él son las cosas inanimadas las que hablan: las mejores imágenes son mudas.

Los sonidos evadidos de su fraseología, grabados de una vez por todas en obras desprovistas de instrumentos y ejecutantes, descifrando y adoptando novísimos medios de expresión, niegan la música habitual no más que el cine puede negar al teatro.

«Que nuestras obras, dice Shaeffer, sean actualmente balbucientes, ingratas, atroces ¿qué importa? Tanto peor para los ansiosos de estética, de síntesis, que han perdido el gusto de la elaboración y la paciencia de los medios».

Y en cuanto al carácter mecánico de esos medios, no puede decirse más sino que el hábito de asistir al cine nos ha hecho olvidar el concepto en que primeramente se le tenía de entretenimiento ingenioso sin ninguna probabilidad de alcanzar un puesto seguro entre las artes.

El arte depende en mucho de su material. Técnica y espíritu no son incompatibles y en toda gran obra de arte se les verá equilibrarse en una estructura perfecta.

Que un procedimiento mecánico se convierta en instrumento con el que el hombre llegue a expresar nuevos misterios de su sensibilidad es un prodigio del que nunca dejaremos de asombrarnos.

El mundo se complica, pero pobre también del que no tenga ojos para observar admirando la graciosa e indudable «mecánica» del violín. Para ése toda la música, el arte clásico y el de hoy, con todas sus tentativas, triunfos y fracasos, será un asunto en el que se comprometen «los demás», constituirá un círculo siempre cerrado para él, tanto en calidad de creador como de espectador.

La música, puede asegurarse, ha llegado a tal grado de madurez y consumación de todas sus posibilidades que imaginar en ella una renovación y aportación de nuevos efectos—por lo menos en el sentido de armonía y de ritmo—parece casi una insensatez. Sin embargo, esa renovación debe tener lugar; nadie dice que en unos cuantos años, acaso en cien o doscientos, pero la «música concreta» bien puede señalar un jalón en ese camino ascensional, como rama independiente en el mundo de los sonidos.

Francisco NIEVA